

EN BUSCA DE ESPACIO

POR

CECILIA BUSTAMANTE

Yo nací en Lima, Perú, a principios de los años treinta. Años que fueron clave en la historia de mi país. Se formaron las primeras organizaciones sindicales, se inició el populismo político. Por primera vez llega a la Presidencia un *cholo*, el general Sánchez Cerro, a quien asesinaron muy pronto. Mariátegui, al morir, dejaba incentivada a la *intelligentsia* peruana en su búsqueda de la identidad nacional. El indigenismo pictórico y literario estaba en su apogeo. Hubo también algunas revoluciones. En una de ellas, cuando daba mis primeros pasos, dice mi madre que eché a andar gritando mis primeras palabras: «¡Balas, balas...!»

Mi padre era ingeniero agrónomo y constructor de caminos. Hombre algo extravagante, anarquista, roussoniano, ateo. Desde que puedo recordar, lo escuché hablar sobre la injusticia, recitar a los poetas españoles del Siglo de Oro y, dedicándole los versos a mi madre, a lo Bécquer y Gutierre de Cetina. Remataba sus sesiones literarias recitando a grandes voces a Walt Whitman: «... capitán, mi capitán, el espantoso viaje ha terminado, la nave ha salvado todos los escollos...». Otras veces: «... la vida es sueño, y los sueños, sueños son...». Crecí consciente del dolor humano y con una noción idealizada del amor.

En los alejados pueblos donde vivimos, mi padre necesitaba hablar, y en las noches éramos su público: nos comparaba con barquitos sobre la mar, hablaba de la llave secreta que abriría «todas las rutas que quieras surcar». Comprendí poco a poco que existía *otra manera* de mirar las cosas, el mundo y a nosotros mismos.

Nos hizo conocer el Perú, aprender los nombres de sus ríos, picos, caminos, puentes, los nombres de las plantas y animales aborígenes, los de los hombres que habían construido venciendo las rocas y las alturas. Creo que soy una de los pocos escritores limeños que conoce de cerca el

país. Cuando yo tenía un año nos llevó a vivir al norte del Perú, por las tierras de López Albújar y los Vicus. Allí pasé mis primeros años escuchando hablar quedo a las amas indias sobre los espíritus de las montañas, los fuegos fatuos. Volvimos a Lima y conocí a mis abuelos y tíos. Alicia y Celia Bustamante, José María Arguedas, a quienes admiré instantáneamente. Vivían en casa de mis abuelos porque luchaban mucho: la una por ser pintora y los otros por llevar adelante la obra de Arguedas. Recuerdo que reunían en su «Peña Pancho Fierro» a sus amigos artistas y que celebraban mucho la aparición de algún joven escritor que prometía. Nosotros estudiamos ese año con las monjas españolas, que eran unas disciplinarias terribles. Después nos fuimos a la Sierra, a las minas.

Los contrastes de esa geografía, a veces inhumana, siempre bella y muchas veces silenciosa, se mezclaron en una realidad en la que nacen mis recuerdos y despierta mi sensibilidad. Los rostros familiares y queridos no fueron para mí los de los blancos costeños, sino los mestizos de las provincias, que avivaron mi imaginación infantil con sus relatos, leyendas, mitos y su reposado modo de vivir. Los indios crecían pobres y casi desnudos, vivían en chozas en las que apenas se podía tener uno en pie; casi siempre comían papas, maíz, ocas, cebada y trigo tostados.

Mi padre, como dije, era hijo de Lima, descendiente de arequipeños; los lugares más conservadores de mi país. Como primogénito varón, había sido criado con privilegios, que hicieron de él un ser libre y arbitrario; disfrutaba del mundo y de la vida con fruición. Implantó el nudismo en la familia para escándalo de las gentes provincianas, que lo consideraban un endemoniado. Mis experiencias eran desacostumbradas: a los cuatro años vi nacer al primer hijo varón de mis padres; a los ocho vi a un indio que había sido muerto por algún patrón, tirado en el camino; a los doce ayudé a mi padre en el nacimiento de mi hermana número 9. Por otro lado, la explotación reinante contra los indios y el menosprecio con que se los trataba me sublevaban interiormente. Crecía en el otro Perú.

Para que nos educaran, buscaron un internado en Lima, y en vacaciones regresaríamos a la Sierra. Ese mundo que yo admiraba y amaba era despreciado en Lima, y ser mestizo era un estigma social. Hablar quechua, una vergüenza. Mi confrontación fue constante, y la impotencia al no alcanzar a comprender los fines de la consigna de silenciamiento sobre lo que sucedía en los Andes alimentó mi rebeldía al medio limeño.

Al entrar a la secundaria nos internaron en el «Liceo Grau» de Magdalena del Mar. Lo dirigía una educadora de avanzada, Esther Festini, quien había introducido el método Montessori y la Escuela Activa allá por los años treinta. En cierto sentido, mi educación fue bastante «moderna», pues se promovía la lectura, el teatro, la composición escrita,

la apreciación musical y nos daban parcelitas para sembrar en el jardín.

Fue a estas profesoras a quienes oí primero los nombres de Flora Tristán, Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera, Dora Mayer, Magda Portal, sin mayor elaboración, pues había temor de discutir muy profundamente su obra. El clima político era opresivo; la división de los grupos sociales, muy marcada. La obra de la Portal y la Mayer estaban, sencillamente, censuradas.

Estos años fueron para muchos jóvenes de mi país asfixiantes. Golpes de Estado, rebeliones, persecuciones, *dictadura*. Vivir la adolescencia y la juventud en clima de dictadura es una prueba peligrosa e injusta. Es buscar a tientas el camino. A las generaciones que crecimos en dictadura se nos pretendía anestesiar y se nos mantuvo privados de información. Sin embargo, las vocaciones auténticas sobreviven. Es cierto que los hombres tenían más posibilidad de, clandestinamente, informarse, pues se les daba mayor independencia en el hogar; pero no dejaban de arriesgar la cárcel, el destierro o la vida misma. La desorientación nos robaba un tiempo precioso.

Luego del encierro escolar, encontré afuera la falta de libertad de una dictadura. La ausencia de mi padre, que seguía trabajando por los pueblos del Perú, se sumaba a la ausencia de maestros que pudieran guiarme. Por ello me intento acercar a mis tíos, pero estaban dedicados a su propia lucha. Sin embargo, los autores en su biblioteca, las conversaciones con mi abuela, criada y educada en Alemania, me eran fundamentales y formadores. Allí escuchaba sobre los jóvenes escritores de entonces: Emilio Adolfo Westphalen, César Moro, Martín Adán y luego Sebastián Salazar Bondy, Jorge Eduardo Eielson y Blanca Varela, entre otros. Me agencié sus libros y leí con gran admiración especialmente a Moro y Martín Adán. Todos ellos eran una isla y un archipiélago pequeño y exquisito. Tratando de respirar, haciendo lo suyo. César Moro era especialmente propenso a ser maltratado por ese medio tan conservador. Así que se fue y empezó a escribir en francés. En una Galería conversamos una vez sobre *En busca del tiempo perdido*...

En esa misma Galería estaba a veces Martín Adán, sentado solitario, parecía atemorizado, siempre algo bebido. Aquella tarde había roto sus anteojos y se los arreglé. Me escribió, entre otras cosas: «... hay que componer al hombre, no los anteojos... siempre miraremos mal...», y me dijo que me iría de mi país. El no sabía nada de mí, yo tendría unos dieciséis años. ¿Cómo podían nacer sus poemas a la rosa en ese ambiente ófrico?

Por entonces sentía definirse en mí un antagonismo con la sociedad limeña cultivadora del disimulo y la apariencia; comprobé que perduraba

lo que Flora Tristán había observado más de un siglo antes: la corrupción de las altas clases y la situación inferior de la mujer, que seguía en mi tiempo siendo la misma. Cuando comencé a escribir, mis posibilidades se reducían a lo pronosticado por Salazar Bondy: pescar un buen marido para asesorarlo detrás de bambalinas en las intrigas políticas. La frivolidad, el ingenio, la chispa criolla, el cultivo de la tradición en su sentido más superfluo, eso era ser limeñísima, el mejor destino. El estilo de Lima entraba en conflicto con mi modo de ser natural y mis distintas aspiraciones. No puedo negar que ingresé a ella con miedo, pero con resolución.

Obtuve una beca en la Escuela de Bellas Artes, donde estudié varios años. Allí encontré a las personas más auténticas que he conocido en mi país: *los pintores* aprendices de entonces y que más tarde, algunos, lograrían imponer sus nombres internacionalmente. Me percaté de su fuerza, vitalidad, modestia y persistencia delatorias de su genio. Fueron positivos para mí, me alentaron a escribir y sentí crecer mi coraje. En esta otra isla se veían a veces a algunos jóvenes escritores —Carlos Germán Belli— cuyos primeros poemas me desconcertaron y que luego, con mi amiga Julia Ferrer, decidiríamos: eran poesía de verdad. Con Carlos Germán compartimos todo, desde dinero hasta desolación. Para entonces, casi todos trabajábamos, estudiábamos de noche, escribíamos o pintábamos. Yo hacía también mis prácticas de pedagogía y entré al periodismo local.

Mis actividades, horarios, amigos y viajes fuera de Lima con mis amigos poetas a los recitales me fueron creando graves problemas familiares. Sin embargo, alentada por Pablo Guevara, publiqué mis primeros poemas en un diario de Lima. Mis amigos poetas me recibieron con alborozo y me sentí alentada. Pero había tomado posiciones y muy pronto sentí el trato que la conservadora Lima reserva para los que quieren juzgarla o salirse del espacio asignado y que otras en el pasado ya habían soporado. Comprendí claramente que la única arma que tendría contra la maledicencia era mi vocación literaria y que no me permitiría dar marcha atrás.

El periodismo me permitió conocer a muchos políticos, entrevistar a escritores y artistas extranjeros de paso; gentes que me hacían percibir que en otros lugares existía una alternativa. Conocí así a Jorge Guillén, Marcel Marceau, José Luis Cuevas, Jean Louis Barrault, Guiseppa Ungaretti, Jean Vilar, Tamara Toumanova y tantos otros. En la febril actividad de esos años hice publicidad a mis amigos pintores, a los jóvenes poetas provincianos. No puedo olvidar mi amistad con Hilda Gadea, que trabajaba en el mismo diario, quien una tarde me llevó a conocer en su departamento de la calle General Garzón a su marido, que, como ella decía, «lo adoro», y a su pequeña hija. Ernesto Guevara era su marido, y fue ella

la primera que me habló del ideal de la revolución cubana, por el que estaban trabajando. Poco tiempo después escucharía los nombres de Luis de la Puente, a quien había conocido cuando llegó de su Trujillo natal, y el de Héctor Béjar, vinculados a la rebelión en mi país. Volviendo a Hilda, su personalidad y rol histórico siguen aún silenciados.

En los años sesenta publiqué mi primer libro. El 62 obtuve el Premio Nacional de Poesía, siendo la primera mujer que lo lograba. Hasta entonces mi actividad se había multiplicado entre mi trabajo de traductora y secretaria en la Embajada americana en Lima, ocho horas diarias; mi actividad periodística y, desde hacía tres años, de madre; escribía siempre poesía. La publicidad y actividad fueron nocivas para mi vida matrimonial. Sin embargo, rompí con las convenciones de mi grupo social una vez más. El aislamiento y responsabilidades fueron excesivos y enfermó, para recuperarme lentamente. Escribí entonces *El nombre de las cosas*, que, finalmente, me hiciera conocer fuera del Perú.

Me había casado en 1964 con Julio Ortega. Por primera vez viajé al exterior a un Congreso de Escritores en México, y regresé decidida a emigrar, aunque la nueva generación de escritores del sesenta era muy coherente y manteníamos constante amistad. En aquellos años llegó Clayton Eshelman al Perú para traducir a César Vallejo. En la precariedad de nuestro medio, lo recibimos entusiasmados, y él difundió la poesía de Charles Olson, Robert Creeley, Jerome Rothenberg, Gary Snyder. Los tradujimos y publicamos en nuestra revista *Ciempies*. La teoría de Olson influyó a muchos y empezamos a leer a los nuevos poetas norteamericanos, aunque el gusto por los poetas surrealistas franceses y los jóvenes alemanes también se cultivaba.

En enero de 1969 salimos del Perú; sólo trajimos nuestros libros preferidos y nuestros inéditos de entonces. Alfredo Roggiano invitó a Julio a la Universidad de Pittsburgh. Nunca olvidaré el impacto que me produjo el invierno de esa ciudad. Llegamos con nuestras dos niñas. Emigramos, y se emigra para siempre; uno se ha estado yendo poco a poco de su casa, de su patria. Se instala un vacío que no se ha de llenar jamás, pero que nos permite equivalentemente ampliarnos, encontrar nuestros límites. Es el precio por seguir escribiendo. Vivir en otros lugares y poseer una herida.

Vivimos después en México y en la España de Franco, donde la experiencia de los intelectuales españoles no me era ajena. También regresamos a la patria, para comprender que había que salir de nuevo ante la presión de los cambios políticos y la falta de capacidad para el diálogo. A fines de los setenta decidimos afincarnos en Estados Unidos, donde habían nacido dos de nuestros hijos.

Es en las bibliotecas norteamericanas especialmente donde leí por primera vez la obra censurada de las escritoras de mi país. Lo que soportaron por intentar ser ellas mismas y haber desafiado a la sociedad de su tiempo. Medio siglo les ha tomado que la historia levante el interdicto. Su experiencia me toca muy íntimamente, y en los viajes del exilio he visto surgir con ellas la imagen e imaginación de mi patria, más lúcidas. Desde fuera puedo contribuir a definir la fisonomía de las que me precedieron, encontrar mi propio espacio y avizorar el de las nuevas escritoras de los años setenta y ochenta, que escriben sobre el tiempo convulsionado de mi país, con un lenguaje que destruye convencionalismos en busca de su contemporaneidad y con la legitimidad de ser continuadoras de nuestra tradición cultural.

Compruebo que en la realidad del desarraigo material, asimilando la dislocación producida por la ausencia física, mis raíces espirituales siguen nutriéndose, y que, desde esos orígenes, finalmente, *escribo* deseando contribuir a la cultura de mi país como nuestro valor definitorio.

Austin, Texas, 1985.